

Y satisfecha vió las ondas de oro
Que se quiebran en gotas cristalinas,
Y oyó extasiada el coro
De las olas marinas.

III

1886

Luego siguió la Aurora
Su viaje por las sendas del espacio
Con el sol que la dora
Y la inunda con luces de topacio.

Y llegando de México á la playa,
Dejó atrás á su escolta de luceros
Y alumbró cual magnífico atalaya
Un bosque de palmeros.

Allí, tendida sobre el césped blando
Fijó amorosa su mirada pura
En un niño apacible que soñando
Sonriera con ternura.

Hijo es del Sol y de la Aurora hermosa,
Año Nuevo se llama,
Y su nombre, orgullosa
Lo lleva por el mundo ya la fama.

Al nacer lo envolvieron los celajes,
Y tegieron los rayos de la luna
Peregrinos encajes
Para adornar su primorosa cuna.

Tiene sus ojos de color del cielo....
Cuán dulce es su mirada
Que infunde la esperanza y el consuelo
En l'alma desgraciada!

Bello es el niño; su espaciosa frente
Mancha alguna no empaña todavía;
En su madre se fija sonriente
Y ella se encanta con que así sonría.

Pero la dicha vuela bien ligera....
Y cuando más creemos alcanzarla
Se vuelve una ilusión, una quimera
Permitiéndonos sólo recordarla.

Así la madre infortunada tiene
Que abandonar por fuerza al tierno infante;
Aunque el alma le apene,
Remedio no hay.... seguir debè adelante.

Y enjugándose el llanto que caía,
Con los blancos crespones de su toca,
¡Adiós, prenda del alma.... vida mía!....
Le dijo al niño y le besó en la boca.

¡Adiós! dijo otra vez, sé muy dichoso,
Y venera de México los lares;
Vive feliz bajo su cielo hermoso
Y que le den sonoros platanares
Fresca sombra á tu cuna,
Y que arrullen tu sueño de inocencia
Las aves al cantar en la laguna;
Aparte de tu plácida existencia

Sus terribles embates el destino;
Minerva con su egida te resguarde,
Y te muestre el camino
Que conduce más tarde
Al magnífico templo de la gloria.
Quiero que hasta allá llegues, mi tesoro,
Y que en el libro hermoso de la historia
Grabes tu nombre con diamantes y oro.

Así dijo la madre hermosa y pura,
Y regando con lágrimas las flores
Se perdió por la altura
Alumbrando al amor de sus amores.

CONCEPCIÓN G. DE MOTA VELASCO.

EL CULTO DEL ABUELO

A mi querido y respetado amigo Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

Señorona pequeñita,
Mi hechicera Margarita,
Ven aquí;
Mirame, ¿no estás oyendo
Que en la sala están diciendo
Que te pareces á mi?
Y ¿en qué será? Son tus ojos
Dos luceros, y tus rojos
Labios son
Frescos, lucientes y puros
Como los guindos maduros
Del otoño en la estación.
¿Será en la color? Tú tienes
De armiño y seda las sienes;
Rubia es
Tu abundosa cabellera,
Tus manos como de cera
Y diminutos tus piés.
¿Será en el carácter? Serio,
Triste y lleno de misterio
Siempre estoy,
Y tú, amable y halagüeña,
Y cariñosa y risueña
En tu inocencia eres hoy.
¿En qué, pues, nos parecemos?
En los rostros no tenemos
Nada igual;
Y en las almas, ¡qué ironía!
Junto á la tuya es la mía
El carbón junto al cristal.
Pero hay algo que guardamos
Los dos, y que alimentamos
Al vivir,
Es un amor, es un culto
En nuestras almas oculto,
Que no puedo describir.
Mi padre, digo, tu abuelo
A quien Dios tenga en el cielo,
En tí vió
Un reflejo, de aquel niño,
Que al ser padre, con cariño
A su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte
Y recordaba al mirarte
Cada vez,
Las dichas encantadoras.
Que tuvo en todas las horas
Fugaces de mi niñez.
Y exclamaba: « ¡Pobrecita!
¡Tan buena mi Margarita,
Qué placer! »
Y mirándote perplejo,
Murmuraba: « ¡estoy tan viejo
Que no la veré crecer! »
Y se murió. Si te viera
Tan crecida ¿qué dijera?
De tí, en pos,
Andar ágil le vería;
¿No recuerdas, hija mía,
Cuando ibais juntos los dos?
¡Juntos oriente y ocaso!
El marchaba paso á paso
Tras de tí....
Y tú lanzabas un grito:
— « ¡Corre, alcánzame, abuelito,
Más aprisa.... más.... así! »
Me parece que le escucho;
¿Te acuerdas? ¿Le quieres mucho?
¿Es fiel
Tu memoria y no le olvida?
¿Cada noche, hija querida,
Le pides á Dios por él?
Mucho los dos le queremos
Y en esto nos parecemos,
¿No es verdad?
Iguales somos en eso,
Muy iguales.... dáme un beso
Que suene en la eternidad.
Santo beso que no acaba,
Como aquellos que te daba;
Llegue á Dios
Nuestro llanto y nuestro duelo:
Para llorar por tu abuelo
Somos iguales los dos.

Repítelo á tus hermanos,
Los nobles consejos sanos
Que le oí,
Y llóralo en todas veces,
Que al llorarlo te pareces,
Te pareces mucho á mí.

Enero 3 de 1885.

JUAN DE D. PEZA.

Á LA MUJER.

Angel del celeste coro,
De bien manantial fecundo,
Mariposa de alas de oro,
El más preciado tesoro
De los tesoros del mundo.

Tú, que rindes á tus plantas
El fuego de las pasiones,
Que con tu sonrisa encantas,
Que si lloras ó si cantas
Esclavizas corazones

Tú, la de los labios rojos,
La de celestial pureza
Ante cuyos lindos ojos
El véspero siente enojos
Porque humillas su belleza.

Mujer, trasunto del cielo,
Hermoso fanal divino
En el desolado suelo,
Que aromas, luz y consuelo
Vas regando en tu camino,

Si sueñas en otro dón
Superior á tu belleza,
Ama las letras, que son
El más hermoso blasón
De la más noble grandeza.

Ama á Dios y ama el saber,
Que siendo sabia y cristiana
Será eterno tu poder:
Si hoy vales tanto, mujer,
Valdrás mucho más mañana.

MANUEL E. RINCÓN.

México, Enero 1º de 1886.

México, Enero 1º de 1886.